

Lo que sea de cada quien

Germán Dehesa y los presentadores de libros

Vicente Leñero

—Me revientan los presentadores de libros —me decía Germán Dehesa mientras bebíamos whisky.

—¿Los presentadores de libros?

—Y los que van a las mesas redondas que en vez de decir en voz alta lo que piensan sacan sus papelitos y se ponen a leer.

—Yo soy de éstos.

—¿De los que se ponen a leer?

Le platicué entonces un recuerdo infantil.

Tendría nueve, diez años. Diciembre a diciembre mi padre celebraba su cumpleaños con una comilona en la casa familiar. Prolongaban con tablas la mesa del comedor hasta la sala y llegaban hermanos, sobrinos, primos, amigos. Mi madre trajinaba sin descanso desde el día anterior. Servían mole, carnitas, frijoles ayocotes de mi tía Clemencia, tinto del Marqués del Riscal. Los niños comíamos en la cocina y jugábamos en el patio con los triciclos.

A la hora del coñac y el café empezaban los discursos enalteciendo a mi padre y las declamaciones de los tíos: “El seminarista de los ojos negros”, “El cristo de mi cabecera”, el “Idilio” de Gaspar Núñez de Arce.

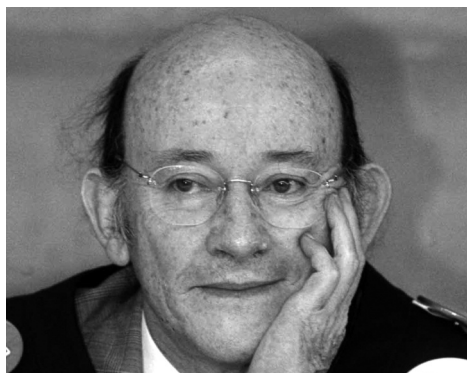
En las vísperas de una de aquellas celebraciones mi padre me llevó a su despacho, en secreto.

—El día de mi cumpleaños tú vas a decir unas palabras en mi honor —me dijo sacudiendo el índice, sonriente.

Temblé.

—¿Yo? ¿Frente a toda la gente?

—No te apures, ya te escribí tu discurso. Lo único que tienes que hacer es aprenderlo de memoria y decirlo cuando yo te llame al comedor. Pero es muy importante que lo hagas como si te saliera del alma. Despachito. Haciendo pausas, dudando un poco. Que parezca que a ti se te ocurre en ese momento...



Germán Dehesa

Protesté. Estaba a punto de llorar.

—No voy a poder, papá. Dile a Armando.

—Claro que vas a poder, no faltaba más.

—Me revolvió el cabello y me entregó dos hojas arrancadas de una libreta y escritas a lápiz con su letra horrible. —Lo que sí es que no se lo digas a nadie, ni a tus hermanos. Es un secreto entre nosotros dos.

Me pasé todo un día memorizando el maldito discurso. Lo repetía. Lo ensayaba con todo y ademanes. En la noche no podía dormir. Pedía a Dios que no llegara nunca el cumpleaños de mi padre. Que pasaran cosas terribles y se suspendiera. Un temblor. Un accidente. Un ataque al corazón y que se lo llevaran al hospital.

No sucedió nada y llegó aquel fatídico dieciocho de diciembre.

Mi padre rasurándose, talqueándose, vistiéndose de traje y corbata.

Ya en pleno jolgorio, mientras mis primos me decían de cosas por no jugar al básquet en el patio de atrás, se apareció mi tía Clemencia para anunciar que mi padre me llamaba con urgencia.

—¡Chentito!

Llegué al comedor enorme. Aplaudía todo mundo no sé si porque tío Bernardo terminaba de recitar a Amado Nervo o porque un escuincle como yo iba a pronunciar

un discurso. Los mayores sonreían achispados por el coñac.

Tía Serafina arrimó una silla y me hizo treparme para que todos me vieran.

Empecé:

—Papacito lindo. En este día tan feliz...

No lo hacía mal. Me sabía muy bien el discurso y lo declamaba, tal y como mi padre me lo indicó, fingiendo titubeos y abriendo pausas verosímiles. Pero ocurrió que en uno de esos titubeos tía Serafina, sentada al pie de la improvisada tribuna, creyó que mi inseguridad era auténtica y para resolver el apuro empezó a dictarme palabras y frases muy por lo bajo. Que esto y que lo otro.

Pensé que si no decía lo que me dictaba tía Serafina, ella y todos se iban a dar cuenta de la trampa. Entonces traté de combinar mi discurso aprendido con sus frases, pero al poco tiempo ya estaba enredado en un nudo verbal. Sus palabras y las mías se juntaron para desatar un parloteo incoherente, horrible.

Empecé a temblar, sudaba. Se me salieron las lágrimas. De un brinco salté de la silla y corriendo huí del comedor entre risas y aplausos compasivos de los invitados al festejo.

—Fue una experiencia que no he olvidado nunca —le dije a Germán Dehesa al concluir mi confesión.

Me miraba con una mueca a punto de la burla.

—Desde entonces, hablar en público me resulta un tormento.

—Te traumaste —rio por fin como si lo que acababa de contarle fuera un chiste de gallegos.

—Por eso llevo papelitos.

—Te traumaste —repitió Germán Dehesa. Bebió de su whisky y le dio por palmearse el muslo empantalonado mientras reía y reía. **U**